Telón de Agora

UN HOMBRE DUERME. DOÑA ENDRINA. EL GATO Y EL CANARIO.

Ricardo Rodríguez Buded hace tiempo escribió y editó, sin estrenar, QUEDA LA CENIZA, una de las obras de intención político-social más personales y mejor escritas de nuestra posguerra. Hemos leído además dos obras suyas, LA CARTERA y HOMBRES PACÍFICOS, del todo inéditas, en un tono muy similar al primero y último actos de UN HOMBRE DUERME, que ahora ha estrenado Dido, Pequeño Teatro de Madrid. UN HOMBRE DUERME ha obtenido el Premio Valle-Inclán, instituído por este teatro de cámara.

Rodríguez Buded dialoga bien. Y en esta obra, que él destinaba a una compañía profesional, juega con dos tipos de diálogos: realista y de farsa. Este virtuosismo, que no estorba conocer en el primer estreno de un autor, está, sin embargo, motivado por un error que desconcertó y, en ocasiones, enfrió al público: en la obra hay más de un tema. El acto segundo, que a nada conduce respecto al primero, es una anécdota encajada en el conjunto o bien un acto de otra obra distinta. El teatro para el autor debe consistir, entre otras cosas, en lidiar un solo toro en dos, tres o más tiempos. Lo demás son ensayos que deben quedarse para el autor sólo, divertimentos cultos, alardes o docencias con los que, a la postre, todos quedamos insatisfechos. Ahora bien: Rodríguez Buded nos parece autor de teatro por su vocación tenaz de buena ley puesta a prueba en años de tarea silenciosa, incansable y carente de ajenos estímulos, y también por la obra ésta, por UN HOMBRE DUERME. Hay distinto ritmo en el primero y tercer actos, de un lado, y en el segundo, de otro. La farsa del acto segundo es perfecta. Su rápida andadura y situaciones son muy acertadas. El diálogo es acerado, sustancial, certero, sin respiro para la farsa inhumana de la caridad. El primero y tercero son actos lentos, en los que campea una verdadera, añeja y real, desolación fotográfica, en los que todo gravita con el peso de la vulgaridad, de la ilusión tonta, de la crítica agria y desmedida, del áureo ridículo, de la inanición y el fracaso. No sé hasta qué punto han sido ingenuidades del autor algunas frases, tal vez recargadas de sensiblería pretendidamente profundizada, que causaron risa en los espectadores; el efecto contrario al que proponía el autor. Tendría yo que oírlas en un actor distinto, porque creo que José María Escuer no dió a estas frases la intención y el aliento entrecortado, natural, medido, que requerían. En todo caso Rodríguez Buded debe atender a este supremo peligro del teatro y sopesar

y pulsar bien estas frases, cargantes más que cargadas. De ellas debería haberse ocupado también el director de escena.

Entre los actores nos parecieron eficaces y aun excelentes Carmen Pradillo, Lola García, María Antonieta Escrivá, Francisco Merino, Julio Navarro, Agustín González y José María Cavanillas. La dirección de José María de Quinto fué afortunada, sobre todo en el segundo acto.

El profesor Criado de Val ha escenificado el LIBRO DE BUEN AMOR. Titula su adaptación DOÑA ENDRINA y la divide en dos partes. La ocasión, oportuna. Se han conmemorado recientemente, a ojo de buen cubero, los "primeros"—como han escrito en Cultura Hispánica—seiscientos años del Arcipreste de Hita. Manuel Criado de Val ha logrado su propósito con maestría haciendo de su trabajo un modelo que implica hondo y repasado conocimiento, valiente desenfado, respetuosa alegría. Se ha colado por la brecha que abrió el Arcipreste autorizando a los que "buen trobar supieren" para añadirle y enmendarle al texto. Criado de Val se ha limitado en su incursión a estructurar el libro dramáticamente, devanándole en un tiempo teatral sensible, perfecto. Este es, sin duda, su logro más sustantivo y difícil: contexturar el LIBRO DE BUEN AMOR en un tiempo teatral. Ha demostrado ser un profesor que sabe lo que es el teatro fuera de los libros. Acaso falte, técnica aparte, la lucha entre lo divino y lo humano, que se advierte en el libro, a cuenta del Arcipreste. El libro es realmente campo de batalla de esa lucha. Alegre campo de batalla, sin duda. Y este maravilloso desenfado sí se conserva en la adaptación de Criado de Val. Después de ver DOÑA ENDRINA sólo se nos ocurrió decir: "¡Qué alegría!" Habíamos presenciado un jolgorio vital de poesía recia y deslumbrante, de hermosa libertad, de burla humana, de amor a todo; nos habíamos chapoteado a gusto en el manantial del ingenio. Dido, Pequeño Teatro de Madrid, ha madrugado en este trance para dar lecciones. Lecciones que no se olvidan y quizá no se perdonen. No acabamos de explicarnos por qué esta obra tiene que clausurarse a la segunda representación. Nos parece absolutamente censurable. La vida española vuelve a echar a Juan Ruiz a sus oscuros caminos.

Habría que citar a todos los que han colaborado en DOÑA ENDRINA. Valgan unas menciones: Mari Carmen Prendes, Carmen Saez, Francisco Valladares, Julio Gorostegui; coreografía de Mariano Velázquez; escenografía de Fernando Terán; dirección de Ángel Fernández Montesinos; vestuario del Aula de Cultura.

La Compañía Teatro de Humor, dirigida por Gustavo Pérez Puig, ha repuesto la obra de John Willard EL GATO Y EL CANARIO. Se estrenó el año veintinueve en el Alcázar con Társila Criado en *Susan Sillsby,* papel que interpreta ahora Gracia Morales. EL GATO Y EL CANARIO pretendía ser entonces, y es deseable que nunca lo haya sido, un "melodrama de la alta sociedad norteamericana". Ahora es sólo una grotesca obra de misterio o policíaca sin policías, elemental, divertida, limada de alguna escena sentimental que hoy resultaría de risa. El público mezcla emocionado la risa con el miedo y lo pasa bien. Y la obra es un nuevo pretexto para mostrar el entusiasmo y la sabiduría de Pérez Puig, uno de nuestros mejores directores jóvenes.

Muy bien Alicia Hermida en el primer papel femenino; Gracia Morales, Carmen Luján, Félix Navarro y Fernando Delgado.

No hemos visto, salvo DOÑA ENDRINA, nada importante. JUAN DE LA LUNA, de Marcel Achard, por la Compañía de Conchita Montes, adaptación de Edgar Neville, lo fué en su tiempo y recordarla es un regalo siempre. Amparo Soler Leal estrenó MINOUCHE, adaptación libre de Tono de LA PLUME, de Barillet y Gredy. Y el T. N. de Cámara y Ensayo, dirigido por Modesto Higueras, estrenó el *Calderón de la Barca* del 59, sin pena ni gloria: MIEDO AL HOMBRE, de Joaquín Marrodán.

M. F.

